CFK: El camino de la soberbia que termina en el Sambenito

18/03/2026





La jornada judicial no fue un trámite administrativo más; fue la puesta en escena de un arquetipo que el cine y la crónica

negra ya han inmortalizado. El rechazo a cumplir con los "datos de rigor" ante el tribunal –esa negativa casi física a someterse a la burocracia de los mortales– revela una patología del poder que une a la política vernácula con la ficción de Hollywood y los rincones más oscuros de nuestra historia criminal.

Nauseando con privilegios desde el principio y por principios



El análisis del video de la audiencia expone una psiquis que no reconoce autoridad externa. Desde el primer segundo, la imputada intenta invertir la carga jerárquica: no habla como alguien que comparece ante la ley, sino como una monarca que concede una audiencia a sus súbditos.

- **La Jueza de su propia psiquis:** Comienza a hablar como si ella fuera la autoridad del recinto. Su psiquis le indica que es la Monarca suprema, y desde ese lugar ningunea cada **"dato de rigor"** que se le solicita.

- **Mentira en el nombre y patriarcado:** Oculta el **Elisabet** y agrega el **“de Kirchner”** que nadie le pidió. Es una marca de casta y una tendencia marcada al patriarcado: necesita el apellido del marido para validarse como oligarquía política, buscando un linaje que la haga sentir superior.
- **La farsa de la edad:** Encubre su edad de entrada, generando una confusión donde no se entiende si tiene **33 o 73 años**. No es un olvido; es la negación de la realidad fáctica en favor de su propio relato.
- **La ignorancia del “Pase y Revuelva”:** Al alegar que los hechos son de **“público y notorio”** —omitiendo la palabra **conocimiento**—, no solo muestra una formación jurídica deficiente y rústica, sino que delata que aprendió a leer y escribir en un esquema donde la profundidad no importa si se mantiene la pose.
- **El micrófono como cetro:** Apenas se sienta, su primera acción es apropiarse del micrófono con un movimiento brusco y autoritario. Lo acomoda y lo maneja para marcar que ella dicta los silencios y el volumen de la audiencia. Es la dueña del discurso en una casa ajena.
- **El ninguneo al secretario:** Mientras el empleado judicial lee el protocolo, ella despliega un arsenal de micro-gestos de hartazgo: revisa papeles, se acomoda la ropa o mira hacia el techo, evitando cualquier contacto visual. Para su psiquis monárquica, el trabajador judicial es un mueble invisible.
- **El suspiro de “Casta”:** Cada pregunta del tribunal es recibida con un suspiro audible, una señal de desprecio que busca infantilizar a los jueces. Es el mensaje de quien se siente una figura histórica obligada a perder minutos con **“terrenales”** que osan pedirle un documento.
- **La mirada de validación externa:** No mira al tribunal para responder; busca con la vista a su claque o a la cámara, asintiendo con la cabeza antes de terminar cada frase. No declara para el expediente, actúa para su propia Historia que siempre ha sido una farsa.

Si la ex-Presidenta está buscando una defensa por inimputabilidad, quizás podría lograrlo, por que no parece lo suyo tener sea algún tipo de noción de tiempo y espacio.

¡Vamos a las imágenes!

El Síndrome de Nathan Jessup: “Usted no puede manejar la verdad”



Lo que vimos en el estrado tiene un eco directo en el **Coronel Nathan R. Jessup** (*Cuestión de Honor*). Como el personaje de Nicholson, la expresidenta no se autopercibe como una imputada, sino como una guardiana de una “verdad” superior que el tribunal, en su pequeñez técnica, no alcanza a comprender.

Jessup cae porque su soberbia le impide aceptar que un abogado de menor rango lo interrogue sobre un “Código Rojo”. Para él, el procedimiento es una molestia; para ella, la toma de datos personales es una afrenta a su estatura histórica.

En ambos casos, el desprecio por las formas es el motor que

los empuja a pisar el palito: la confesión de Jessup nace del orgullo, la exposición de CFK nace de la convicción de que la ley es apenas un detalle decorativo frente a su relato.

La Sombra de Bob Patiño: El abismo de la vanidad



Recordamos aquel episodio de los Simpsons en que Bart y Lisa cuando acorralan a Bob Patiño, haciéndolo caer de la altura de su propio ego. La fiscalía aquí no necesita grandes despliegues de astucia, sólo debe llevar a la acusada al umbral de su propia inseguridad intelectual.

La soberbia es un bumerán: cuando se les sugiere que no son tan brillantes como creen, o que su “plan maestro” fue rústico, la necesidad de demostrar una superioridad intelectual de la que carecen los obliga a hablar de más.

Como Jessup admitiendo el *Código Rojo* para demostrar que él manda, o Patiño confesando sus crímenes para que no lo crean un idiota.

El riesgo aquí es que la defensa se inmole sola ante el altar de su propio ego, entregando las piezas que faltan solo por el placer de decir: *“Fui yo, porque soy el único que podía hacerlo”*.

El Guión de la Historia



Cuando el acusado decide que el tribunal no tiene autoridad moral para juzgarlo, el veredicto pasa a segundo plano. Lo que importa es el “show” de la resistencia. Sin embargo, la historia —y el cine— enseñan que ese camino tiene un final previsible:

1. **El Desprecio:** “No respondo preguntas”.
2. **La Explosión:** El momento en que la soberbia rompe el protocolo.
3. **La Trampa:** Caer por la necesidad de demostrar una inteligencia que se carece.
4. **El Sambenito:** La condena que el propio acusado se cuelga al cuello por no saber, o no querer, bajarse del

pedestal a tiempo.

Al final, como en Guantánamo o en los tribunales de Comodoro Py, la realidad termina siendo ese muro que ni siquiera la soberbia más alta puede saltar.